



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DÉCANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9734

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 16 DE ABRIL DE 1934.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, hombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Suscripción

MESES PARA LA TIENDA-ASILO

	Ptas.
Suma anterior . . .	427'50
D.ª Natalia Valdivia de Sisto . .	1
• Ginesa Martínez de Carrión . .	0'50
• María Carrión	0'50
• Ginesa Carrión	0'50
• Caridad Carrión	0'50
• Josefa Carrión	0'50
El niño Luis Redondo Carrión . .	0'50
D. Luis Briz	1
• Mariano F. Alarcón	1
D.ª María Catalina García de Monroy, Vda. de Piseti . .	1
D. Pedro Martínez Sánchez . . .	1
• Lucas Urrea	1
• Miguel Martínez (Estracho) . .	1
• Luis María Molina	1
• Diego Alasón	1
• Escolástico Tomás	0'50
• Juan Jorquera Sánchez	1
• José Sánchez Jorquera	1
• Fulgencio Martínez	1
• Ramón Bernal	1
• José Oliva Ruiz	1
El Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad	125
D. Leonardo López	1
• Manuel Díaz Mercader	2
D.ª Consuelo Martí de Marques . .	2
• Dolores Pagán, Viuda de Martí	1

D. Augusto de Nordenfels	2
• Diego de Tapia	1
D.ª Rosario Vivanco de Avila . .	1
D. Mariano Medina, Teniente Vicario	2'50
• Andrés Hernández Soro	1
D.ª Encarnación Adra de Jorquera, de Sta. Lucía	1
D. Joaquín Jorquera, de idem . .	1
• Salvador Ibañez Vivanco, de idem	1
• Juan José Velez	2
• José Martínez Requena	2
Suma	590'50

(Se continuará)
En la redacción de este periódico sigue abierta la suscripción.

Inauguración de la Tienda-Asilo.

Tras de campaña empeñadísima, en la que pusimos nuestra modesta inteligencia y lo mejor de nuestros sentimientos, llegamos ayer á la inauguración de la Tienda-Asilo.

¿Por qué no ha sido posible hasta hoy la creación de institución tan buena? Tal vez por que hasta ahora no había salido la miseria á la superficie. Una vez puesta de manifiesto, no ha faltado un alma generosa que eche sobre sí el sacrificio de prepararla á su costa é instalarla en local propio, ni han faltado tampoco quienes le secundan para que la Tienda-Asilo estienda su esfera de acción á mayor número de necesitados. Pruébalo de manera brillante la rapidez con que se van cubriendo las listas de suscripción y el entusiasmo que la instalación del benéfico establecimiento ha despertado en todos los pechos.

El día de ayer era esperado con ansiedad. Los pobres, los infelices que no tienen un pedazo de pan que llevarse á la boca y los que se encuentran escasos de recursos, ansiaban su llegada, los unos para acallar momentáneamente su ham-

bre y los otros para empezar á disfrutar de los beneficios que á los obreros ha de proporcionar la Tienda-Asilo.

Nosotros también esperábamos la inauguración con impaciencia. Nos parecía un sueño la realización de la buena obra tan acariciada desde hace años; en su defensa y para pregonar los beneficios de la misma, habíamos escrito tanto, que casi nos parecía pensar en cosa propia al pensar en que por fin iba á abrir sus puertas la Tienda-Asilo.

A las diez estaban ya reunidos los señores de la junta, yensus puestos las hermanas de la caridad; la comida hervía pregonando con los vapores que exhalaba, que había llegado á punto de sazón. En la puerta de la Tienda-Asilo disponían los atriles y los instrumentos los músicos de marina, la calle se encontraba llena de gente, que esperaba comer y desde las Puerta de Murcia al local donde está instalada la cocina circulaba un cordón de gente que iba á presenciar la ceremonia de la bendición y la comida de los pobres.

Así fueron llegando concejales, tenientes de alcalde, el alcalde mismo, suscriptores de la Tienda-Asilo y en general número incalculable de personas que hablaban entre sí del asunto del día.

A las diez se revistió el señor Arcipreste de esta ciudad y á presencia de numeroso público, procedió á la bendición de los locales donde están instaladas la cocina y el comedor. Después la banda de infantería de marina rompió á tocar el paso doble titulado *La Gracia de Dios* y en el mismo momento se abrieron las puertas del comedor y entró el primer pobre.

Era una anciana de 102 años, llamada Vicenta Nevot, natural de Alcira, en la provincia de Castellón. Tras de ella entró una avalancha, que era una pequeña parte del gran todo que esperaba en la calle el momento de la comida.

Llenas las mesas, comenzó el servicio, siendo saludado el primer plato que entró en la sala por un viva D. Pedro Conesa! que dió uno de los comensales y que contestaron todos los demás.

Desde aquel momento hubo un verdadero pugilato de Caridad. Los señores de la junta, concejales, tenientes de alcalde, suscriptores y aun los curiosos que había en el comedor, tomaron á porfía el servir á los pobres y bien pronto se formó un cordón para llevar el servicio, descolando entre todos los improvisados servidores, la señora de nuestro amigo D. José María Artés, que echando á un lado la mantilla y cifándose un blanco delantal, quedó convertida en criada, dando á los presentes un hermoso ejemplo de humildad. La señora de D. Juan Solé también sirvió á la mesa un rato.

El cuadro que presentaba el comedor conmovía en extremo. Ancianos desvalidos, madres infelices cargadas de miseria y de hijos, pobres chiquitines que entraban solos, sin padre ni madre, y asaltaban las sillas y devoraban con afán el contenido del plato... Aquello satisfacía el alma, pero hacía pensar en ese mundo de miseria y de hambre, que se agita en lo más profundo de las capas sociales.

Un rapaz de ocho años abandona su sitio porque su padre se ha quedado en la calle y prefiere comer más tarde á comer pensando si para su padre no habría comida.

Una niña come y llora porque su madre y su hermanita no han podido entrar por falta de sitio donde acomodarse. El Alcalde Sr. Monmeneu pretende consolarla, pero la niña dice que no le luce la comida pensando en su madre que no come.

Terminada la comida, que se compuso de garbanzos con macarrones, patatas, tocino, carne y chorizo, queso, salchichón y vino, abandonaron el local los 127 pobres que habían entrado, recibiendo á

la salida una naranja cada uno, de manos de los niños Angelina Monmeneu y Pepito Palacios.

Una nueva tanda de 140 pobres comió después y otra de 134 luego y más tarde otra y otras hasta nueva; en total 1082 raciones. Cuando se acabó el primer guiso se sirvió arroz con carne y alcachofas y cuando llegada la noche ya era imposible guisar más, ante la imposibilidad de dar de comer á los cuatrocientos pobres que esperaban, determinó el Sr. Conesa que se les socorriera con media peseta á cada uno; entregando después al Sr. Artés 280 pesetas, para que sean socorridas 140 familias pobres vergonzantes, cuyos nombres figuran en una larga lista presentada por los señores de la junta de la Tienda-Asilo, adicionada por los que él conoce particularmente. Cada una de dichas familias recibirá de manos del Sr. Artés dos pesetas.

Terminada la jornada, que fue ruda, pues duró desde las diez de la mañana á las cinco de la tarde, el Sr. Conesa hizo entrega del local, cocina servicio de mesa y todo lo que la Tienda-Asilo contiene, á la junta administrativa de la misma, excepción hecha de una hermosa pintura que representa al apóstol San Pedro, obra del Sr. Usseli de Guinbarda, que ayer adornaba una de las paredes del comedor y que ha sido hecha para Loren.

Para sustituir el cuadro, el señor Solé costeará los gastos de otro y el afamado artista pintará gratis otro San Pedro.

El día terminó con una invitación del señor Conesa á las personas que se encontraban en la Tienda-Asilo en el momento de terminar, obsequiándolos en su nueva casa con dulces y cigarros, licores, café y champagne.

Allí se pronunciaron bellísimos discursos, entre los cuales descoló por lo notable, el del señor cura de Santa María, que confesó noblemente que al llegar á Cartagena

EL ULTIMO MOHICANO.

459

otros, y que los Mingos y los Delawares se hallan juntos sobre el mismo sendero.

—Y creéis que Cora se halla ahora con una parte de esta última nación?

Ojo de Halcón solo contestó con un signo afirmativo y parecía desear poner término á la conversación.

El impaciente Duncan se apresuró enseguida á proponer, para libertar á las dos hermanas, una porción de medios impracticables y que no eran sugeridos mas que por la desesperación.

Munro olvidó sus pesares oyendo los extravagantes proyectos del mayor con deferencia; y parecía aprobarlos, cosa que no hubiera hecho en otras circunstancias.

El cazador después de esperar con paciencia á que se calmara el primer ímpetu del amante de Alicia pudo convencerlo de que sería una locura el adoptar medidas precipitadas, en un asunto que exigía tanta sangre fría y prudencia, como valor y determinación.

—¿Aquí lo mejor que podemos hacer, que este hombre vuelva á cantar entre los indios, que informe á las dos damas de que nos hallamos en estas cercanías, y que vuelva á buscarnos para ponerse de acuerdo con nosotros cuando le hagamos una señal convenida.— Vos que sois músico, amigo, seréis ca-

458 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

tó á su imaginación, y esperó con impaciencia el momento de poder hacer algunas preguntas.

Ojo de Halcón no le dió tiempo para ello, pues cuando Chingachgook concluyó de hablar, tomó la palabra á su vez y se dirigió en inglés al mayor.

—Acabamos de descubrir, le dijo, una cosa que puede sernos útil ó perjudicial segun plazca al Señor. El Sagamore es de la sangre mas antigua de los Delawares y gran jefe de sus Tortugas. No podemos dudar de que hay, entre el pueblo de que el cantor nos habla, algunos individuos de esa raza por lo que acaba de decirnos; y si hubiera gastado para hacer algunas prudentes preguntas, la mitad del aliento que tan mal emplea en convertir su garganta en trompeta, sabríamos que número de guerreros de esa casta se encuentran allí. De cualquier modo estamos en un camino que ofrece muchos peligros, porque un amigo cuyo semblante se ha separado de vuestro lado, tiene con frecuencia peor intención que un enemigo que abiertamente trata de apoderarse de vuestra cabellera.

—Explicaos, dijo Duncan.

—Sería una historia tan triste como larga y en la que no me gusta pensar, respondió el cazador, porque no se puede negar que el mal se debe principalmente á hombres de piel blanca. El resultado es que los hermanos han alzado sus tomahawks unos contra

EL ULTIMO MOHICANO.

455

bien fue consentida que deseada, pero el mismo Magua no estaba exento de esa veneración supersticiosa con que miran los indios á aquellos seres cuya inteligencia ha sido desarreglada por el Gran Espíritu. Cuando llegaba la noche, se tomaban grandes precauciones, para poner á las dos prisioneras al abrigo del rocío é impedir además que se escapasen.

Al llegar al campamento de los Hurones, Magua había separado á sus prisioneras. Cora fue enviada á un pueblo indio que habitaba un valle lejano, pero David ignoraba la historia y los trajes de sus moradores, y no podía decir cuales eran los distintivos de éste ni qué nombre tenía su tribu. Todo lo que sabía, es que no había tomado parte en la expedición de William-Henry, que lo mismo que los Hurones eran aliados de Montcalm, y tenían relaciones amistosas con esa nación belicosa y salvaje en cuya vecindad desagradable los había puesto la casualidad.

—Os habéis fijado en sus cuchillos? Son de fabricación inglesa ó francesa? dijo Ojo de Halcón.

—Mis ideas no se han fijado sobre tales futilidades, participaba de la pena de las damas y solo pensaba en consolarlas.

—Puede llegar el momento, en que no miréis el cuchillo de un salvaje como una cosa tan despreciable, dijo el cazador, tomando á su vez un aire de desprecio que no trataba de ocultar. Han celebrado